

5 de agosto de 2021 - Jueves de la 18ª semana del tiempo ordinario

Números 20:1-13; Mateo 16:13-23

Homilía

Hay muchas similitudes entre las dos lecturas que acabamos de escuchar. Ambos revelan la propensión humana a querer la liberación y la salvación pero sin pagar el precio. Los hebreos habían estado en esclavitud durante algunos siglos en Egipto, y habían escapado de una manera maravillosa y milagrosa, bajo el liderazgo de Moisés y Aarón. Bajo su liderazgo no habían dudado en tomar el camino del desierto. Pero en cuanto las dificultades de la vida en el desierto se hicieron evidentes, en cuanto la comida y el agua comenzaron a escasear, añoraron su vida de servidumbre y se rebelaron contra Moisés y Aarón. "¿Por qué nos habéis traído de Egipto a este siniestro lugar?"

Del mismo modo, en el Evangelio, Pedro, que acaba de ser testigo de las enseñanzas de Jesús y de varias curaciones realizadas por él, proclama fácilmente en respuesta a la pregunta de Jesús sobre su identidad: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo." Pero en cuanto Jesús quiere anunciar su pasión y muerte, Pedro no quiere oír: "¡Dios no lo quiera, Señor! No, esto no te va a pasar a ti. Probablemente Pedro está pensando tanto en su propia seguridad como en la de Jesús. Es agradable seguir a un Mesías que hace milagros. Es menos agradable seguir a un profeta que ha sido condenado a muerte.

En el Evangelio que acabamos de escuchar, Jesús pregunta a sus discípulos: "Y vosotros, ¿qué decis? ¿Quién soy yo para vosotros? Más allá de la distancia en el tiempo y en el espacio, es a nosotros hoy a quienes Jesús hace esta pregunta: "¿Quién soy yo para vosotros?"

Durante mucho tiempo, la pregunta "¿Quién es Jesús?" siguió siendo probablemente algo teórico para cada uno de nosotros... hasta que un día, por razones particulares de cada uno, nos vimos obligados a preguntarnos por el sentido último de nuestra propia existencia humana.

La Palabra de Dios se hizo uno de nosotros. Murió, pero el Padre lo resucitó de entre los muertos. Este hombre en el que reside la plenitud de la divinidad trasciende ahora el espacio y el tiempo tanto en su humanidad como en su divinidad. Está presente en todo momento, en todo lugar, en todos nosotros, y nos revela todas las

posibilidades últimas de nuestra existencia humana.

Por eso la respuesta a la pregunta "¿Quién es Jesús?" se convierte en la respuesta a la otra pregunta: "¿Qué es un ser humano?", o más directamente: "¿Quién soy yo?" o "¿A qué estoy destinado en los planes de Dios?"

Al revelar quién es él, Jesús revela quiénes somos nosotros, o más bien a qué estamos llamados. La fe en nosotros mismos -la fe en el precio que tenemos a los ojos de Dios, sean cuales sean nuestros pecados- es inseparable de nuestra fe en Jesús. Esta fe en nosotros mismos es, obviamente, algo muy diferente a la mera "confianza en uno mismo", que a menudo nace de la falta de autoconocimiento.

Por último, no debemos olvidar que Jesús se revela más plenamente a sus discípulos en el Evangelio, cuando anuncia su pasión y muerte. Nos revela así las exigencias de la aventura humana. Exige un desprendimiento, una muerte progresiva a todo lo que nos mantiene atados a lo limitado; exige la eliminación de todas las barreras que nos mantienen prisioneros, aunque sólo sea a una forma de pensar o incluso a una determinada imagen de Dios.

Armand VEILLEUX